

La ciudad, escenario de comunicación

La ciudad, escenario de comunicación

*Fernando Carrión y Dörte Wollrad,
compiladores*



Proyecto
Latinoamericano de
Medios de Comunicación

**FRIEDRICH
EBERT**
STIFTUNG

LA CIUDAD, ESCENARIO DE COMUNICACIÓN

Compiladores

Fernando Carrión y Dörte Wollrad

Edición

Fundación Friedrich Ebert Stiftung/Proyecto Latinoamericano de Medios de Comunicación y Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO sede Ecuador

Fundación Friedrich Ebert Stiftung/Proyecto Latinoamericano de Medios de Comunicación

José Calama N° 354 y Juan León Mera

Casilla: 17-21-1993

Teléfono: (593-2) 231 620

Email: promefes@uio.satnet.net

Quito-Ecuador

FLACSO sede Ecuador

Páez N19-26 y Av. Patria

Casilla 17-11-06362

Fax: (593-2) 566 139

Email: flacso@flacso.org.ec

Quito - Ecuador

Derechos de autor: 012800

ISBN: 9978-94-112-6

1^{ra} edición: 1000 ejemplares

Diseño de portada: Antonio Mena

Diagramación e impresión: NINA Comunicaciones, telefax: (593-2) 526924

Quito - Ecuador, 1999

Índice

PRESENTACIÓN	9
INTRODUCCIÓN , <i>Dörte Wollrad</i>	11
Ciudad, espacio público y comunicación	11
Ciudad	12
Ciudadanía	13
Espacio público	15
Comunicación	16
Conclusiones	19

PARTE I

GOBIERNO DE LA CIUDAD Y COMUNICACIÓN

Políticas urbanas y producción de imágenes de la ciudad contemporánea: un análisis comparativo entre Barcelona

y <i>Curitíba</i> , <i>Nuria Benach /Fernanda Sánchez</i>	23
Introducción	23
Políticas de promoción de las ciudades y producción de imágenes	25
Ciudades-espectáculo: innovación y comunicación	30
Comunicación ciudadana y construcción del consenso	41
Algunas consideraciones finales	47
Comentario , <i>María Arboleda</i>	53
Réplica , <i>Nuria Benach y Fernanda Sánchez</i>	65

Gobierno de la ciudad y comunicación , <i>Fernando Carrión</i>	67
Introducción: la ciudad comunicadora	67
Comunicación y ciudad: una realidad dinámica e histórica	68
La ciudad es un medio de comunicación especial	69
Ciudad y comunicación: una relación distante	73
Comentario , <i>Alexandra Ayala</i>	87
La comunicación es estratégica	88
Relaciones sociales, relaciones de comunicación	90
Crear otros escenarios y otras mediaciones	91
Cambiar la forma de comunicación	93

PARTE II

CIUDAD, CIUDADANÍA Y COMUNICACIÓN

Ciudadanos de la ciudad: cambios e incertidumbres

comunicativas , <i>Rosa María Alfaro</i>	97
La ciudad sin fronteras: desde la mirada del barrio hacia la política ..	98
Televisión, radio y prensa en las territorialidades políticas	104
El ciudadano en repliegue desde la ciudad-noticiero y despolitizada ..	109
La protesta en la ciudad	113
Comunicaciones políticas de futuros inciertos	118

Comentario, Marena Briones	121
De la oralidad a la escritura	121
Un punto de partida	122
Ciudad y comunicación	123
Dos preguntas claves	124
La respuesta clave	126
Territorio, comunicación e identidad	
– apuntes sobre la vida urbana –, <i>Mabel Piccini</i>	127
El encuentro de los mundos: heterogeneidad y pluralidad cultural ..	129
La pulverización del espacio público	131
Las tecnologías del poder	135
Marginalidad	139
De la asignación de identidades	142
Territorios audiovisuales: vámonos por la paz	143
La ciudad sin cuerpo y sin cuerpos: comentarios sobre el papel	
de las jergas académicas para estigmatizar lo urbano, Shanti Pillai ..	149
Abstracciones y llantos	149
Anónimos y reaccionarios	152
Comentario, Pilar Núñez	159
Comunicación intensificada y cultura ciudadana:	
caso Bogotá, Antanas Mokus	167
Ciudadanía cultural y las organizaciones vecinales en la	
ciudad de México, Patricia Safa	179
Cultura y territorio: dos conceptos claves para estudiar	
las organizaciones vecinales	181
Ciudadanía cultural y la lucha por la ciudad	184
Las demandas vecinales	186
La preservación de las identidades territoriales: una estrategia	
para la democracia	189
Reflexiones finales	194
PARTE III	
LOS IMAGINARIOS Y LA URBE	
Ciudad, imaginarios y televisión, Armando Silva	203
Comentario, Máximo Ponce	213
Comentario, Fedy Rivera	217
Una comunicación con altura: una estrategia de comunicación	
para la ciudad de La Paz, Adalid Contreras	221
La Paz es una ciudad mixtura	222
La multiplicidad y heterogeneidad de los medios	230
Una ciudad mestiza.	233
Principios	235
Sistema municipal de comunicación	237

Ciudadanía cultural y las organizaciones vecinales en la Ciudad de México¹

Patricia Safa*

En la literatura sociopolítica predomina la imagen conservadora de las organizaciones vecinales; se les considera como organizaciones preservacionistas que buscan resolver los problemas locales y que no se preocupan por la discusión de los problemas de la ciudad en su conjunto. En este trabajo se analizará la problemática vecinal en la ciudad de México y presentaré dos estudios de caso para comparar el proceso de construcción de identidades de tipo territorial: la antigua Villa de Coyoacán y el pueblo de Los Reyes que actualmente forman parte de la mancha urbana. Se sostiene que toda forma de asociación, como las vecinales, contribuye a la democracia como lugares de información y socialización, pero también como espacios propositivos para la administración pública de la ciudad. Por lo mismo, para entender el carácter de su importancia política, me interesa ubicar la problemática en el contexto de la discusión de la ciudadanía cultural y la democracia.

* CIESAS-Occidente.

1 Ponencia preparada para el Seminario Internacional "Ciudad, comunicación y construcción de ciudadanía" organizado por FLACSO-Ecuador, el Municipio del Distrito Metropolitano de Quito y la Fundación Friedrich Ebert, en la ciudad de Quito el 7 y 9 de septiembre de 1998.

En este trabajo me propongo analizar cómo se construyen las identidades vecinales, el sentido de pertenencia y el arraigo al lugar por ser la base de la formación de organizaciones vecinales que, a pesar de la pluralidad de sus demandas y su carácter restringido, constituyen un reto para la democracia. Su heterogeneidad y presencia en la vida pública, nos obliga a repensar su importancia política. La lucha por la identidad de tipo territorial que defienden los grupos vecinales se propone entenderla como una construcción socio-cultural que se elabora con base en los elementos comunes y compartidos por ellos definidos y que se activa no solo para volcarse sobre sí mismos sino para enfrentar los conflictos provocados por el crecimiento acelerado y descontrolado de las grandes ciudades como la Ciudad de México. La valoración positiva de lo propio y el deseo de autodeterminación es una respuesta frente al acceso desigual a los bienes y servicios urbanos pero también a la pérdida de la calidad de vida en las grandes metrópolis y a la falta de canales efectivos que les permita acceder e incidir en la toma de decisiones sobre la ciudad. En el caso de los grupos vecinales, la defensa y preservación del lugar de residencia es uno de los motivos que permiten su organización. Las autoridades que planean y gestionan los asuntos de la ciudad y las compañías inmobiliarias o comerciales, son los actores con los que tienen que negociar para defender y luchar por una mejor calidad de vida urbana. Lo anterior coloca en una tensión, a veces irresoluble, los intereses particulares de estos grupos con la planeación y gestión del conjunto de la ciudad. La lucha por la identidad vecinal busca el reconocimiento del derecho de los habitantes de la ciudad a decidir sobre el presente y futuro de su espacio residencial. Consideran que los planes de desarrollo urbano no son solo asuntos de inversión y regulación, también tienen que ver con los proyectos de vida de sus habitantes. Lo cotidiano, lo vecinal, lo cercano, en este sentido, se politiza. Este problema se agudiza en una ciudad como la de México que carece de estructuras intermedias eficaces entre las autoridades y sus habitantes. Por lo anterior, propongo analizar lo vecinal y su participación en la arena pública como una discusión de ciudadanía cultural y democracia participativa.

Cultura y territorio: dos conceptos claves para estudiar las organizaciones vecinales

Gilberto Giménez (1996 y 1998) introduce una crítica provocadora y sugerente a las teorías "de la modernización inspiradas en el estructural-funcionalismo" que anuncian de manera apocalíptica el fin del territorio como resultado de la globalización económica y política que presenciamos en las últimas décadas. Se cuestiona si la expansión mundial de los medios de comunicación o las migraciones internas o internacionales que han facilitado la comunicación fluida de los mensajes culturales y la convivencia multicultural suponen el fin de las identidades de tipo territorial por obsoletas y anacrónicas. Por el contrario, propone no hablar de desterritorialización sino de nuevas formas de construcción de territorios locales, regionales, nacionales y mundiales. De otra forma, considera, podríamos dejar de lado fenómenos sociales y políticos, y por supuesto culturales, que se gestan en el contexto de la globalización como son las demandas del respeto a la soberanía nacional, la libre determinación regional y la autonomía local, junto con otros movimientos sociales que defienden el derecho a la *diferencia* por las minorías étnicas, de género o preferencia sexual, y la redefinición de los parámetros de *calidad de vida* que demandan una nueva cultura frente al medio ambiente, o se preocupan por mejorar el entorno urbano. Gilberto Giménez nos invita a repensar conceptos como territorio, cultura e identidad en nuevos contextos socioculturales y evitar profecías de tipo evolucionista que sostienen el fin de los referentes primordiales, en nuestro caso, los del vecindario que, desde la sociología de Chicago de principios de siglo, se pronosticó su muerte (ver Anderson 1965 y Keller 1965).

En la ciudad de México, cuando se habla de un barrio se piensa en "un lugar donde la gente se conoce y en un cierto estilo de vida que los caracteriza" (Gravano 1988: 134). Ciertamente el término *barrio* "es una nomenclatura territorial heredada de la ciudad colonial cuando el territorio se dividía para separar estratos y sectores de la población: en los barrios habitaba la población indígena y se distinguían del núcleo central de la ciudad donde los españoles edificaron sus casas y se encontraban, los centros políticos, religiosos y comerciales que regían la vida social y política del país (López Moreno e Ibarra Ibarra 1996:

30). A pesar de que en la Ciudad de México de principios del siglo XX comenzaron a construirse nuevas colonias y fraccionamientos con proyectos urbanísticos con ideas innovadoras de salud, belleza, bienestar y distinción como espacios del progreso, unifuncionales y socialmente homogéneos, los barrios no desaparecieron. En la actualidad la ciudad de México se distingue, como toda ciudad moderna, por la pluralidad de espacios y procesos socioculturales que en ella se viven (ver Augé 1995: 148 y 149). Sin embargo, los barrios hoy en día si bien suponen esta connotación histórica, responden, a realidades diferentes a las del pasado. Por ejemplo, en los antiguos pueblos como Xochimilco y Cuajimalpa, asentamientos prehispánicos que ahora forman parte de la mancha urbana, podemos encontrar fraccionamientos donde habitan sectores de la clase alta que les gusta vivir en las delegaciones periféricas del Distrito Federal por ser considerados en el imaginario como lugares ‘en el campo alejados de la ciudad’ pero donde construyen muros que los separa de ese mundo tradicional y empobrecido. Antiguas colonias residenciales de la ciudad como Polanco, la colonia Roma o la Del Valle, a principio del siglo, periféricas, ahora comienzan a formar parte del circuito comercial y financiero del centro de la ciudad. Sectores de la clase media ahora son vecinos en colonias populares como Santo Domingo y el Ajusco que se formaron por invasión en zonas sin servicios urbanos en la década de los setenta. En este contexto de transformación urbana y de complejidad creciente, es importante preguntarnos cómo las personas construyen el sentido de pertenencia a un lugar y se organizan para defender su entorno residencial.

En la ciudad de México, la adscripción territorial tiene una importancia política porque es la base organizativa para la participación en la política y gestión urbana (véase Anaya Lazurtegui 1995). En el pasado estas instancias representativas² carecían de importancia por su

2 Desde la Reforma de 1928, cuando se delimita el Distrito Federal, se buscó la presencia, primero de los gremios representantes de diferentes sectores sociales, y posteriormente, la representación vecinal a través de los Consejos Vecinales, desde entonces sin representación independiente frente al gobierno de la ciudad, aunque fueron considerados como los interlocutores de las demandas de los habitantes de la ciudad.

falta de capacidad para intervenir o participar autónomamente en la toma de decisiones sobre la ciudad o sobre sus lugares de residencia (Ziccardi 1994). No en vano Peter Ward (1991) describe a la ciudad de México como una de las ciudades más antidemocráticas donde la población, hasta 1996, no tenía el derecho a elegir a sus autoridades³. En la actualidad, ha crecido el interés de los vecinos tanto de los antiguos pueblos y barrios como los que habitan en colonias populares, de clase media o alta en la ciudad de México para defender, preservar o cambiar su lugar residencial; pero, sobre todo, para participar en la toma de decisiones como una vía para luchar por la democracia. Para destacar su importancia, se requiere rechazar una visión evolucionista, como lo señala Gilberto Giménez, que pronostica el fin de los vecindarios como referentes de identidad individual y colectiva. Las movilizaciones vecinales forman parte de los nuevos grupos sociales organizados que buscan la participación en la toma de decisiones y la autodeterminación como una forma de luchar por la democracia. El barrio y el vecindario es el escenario de procesos sociales donde se ponen en juego intereses económicos entre diferentes actores interesados por el control del uso del suelo y del espacio construido de la ciudad, lo que los constituye en una arena política de negociación y confrontación.

Propongo pensar la identidad vecinal como un proceso de contraste y un sistema de relaciones que tiene como referencia un territorio. Es decir, como una representación y una práctica de pertenencia a un lugar a partir de las cuales se definen los límites y fronteras –reales o imaginarias– de un territorio que, desde el punto de vista de los sujetos, posee una identidad que lo distingue de otros territorios. Estos lugares poseen un nombre y un referente de identificación que es reconocida socialmente no solo por los vecinos sino por la sociedad en su conjunto. La formación de las identidades vecinales es el resultado de un proceso de construcción histórica que a su vez es constructor de la realidad física-geográfica y de la sociedad de la que forma parte. Esta definición permite pensar a los vecindarios no como comunidades geo-

3 Las elecciones las ganó Cuahutémoc Cárdenas, candidato del PRD, partido de oposición del partido oficial. Como regente de la ciudad ha tenido que enfrentar problemas difíciles de solución como la violencia urbana y la contaminación. En este contexto, la reestructuración de las representaciones vecinales se ha convertido en una arena de conflictos entre los partidos para apoyar o deslegitimar al nuevo gobernante.

gráficas sino como espacios donde la cultura y el poder se inscriben (ver Altman y Zube 1989: XVII). Los vecindarios además de ser una construcción social y cultural, son espacios de interacciones y relaciones, por lo mismo, arena de conflictos.

Ciudadanía cultural y la lucha por la ciudad

Los derechos culturales, como derechos que se negocian, y que no siempre se institucionalizan legalmente, incluyen el derecho a dignificar las representaciones, a mantener un estilo de vida y el reconocimiento de una identidad. Estos nuevos reclamos se pueden pensar como una nueva expansión o radicalización de los derechos sociales y políticos. Se universalizan y se extienden a la democracia cultural y al reconocimiento cultural. Suponen no solo representaciones simbólicas, modos de comunicación y reconocimiento cultural. Incluyen no solo la tolerancia a la diversidad de las identidades sino también la dignificación de las representaciones, de las normatividades y la cultivación de estas identidades y sus correlaciones simbólicas. Este tipo de demandas son acompañadas de conflictos sociales y cuestionan el papel arbitrario del Estado. En un proceso de negociación para la institucionalización de los derechos que se reclaman frente al Estado y las clases dominantes. Esta redefinición pone en tela de juicio el tipo de derechos legítimamente reconocidos. Además, se dan en el contexto de la globalización, el debilitamiento del Estado, la crisis del sistema de seguridad y la proliferación de los medios de comunicación y la formación de nuevos movimientos sociales y culturales. (Pakulski 1997: 77).

La conciencia de la responsabilidad social frente a los problemas sociales es un fenómeno reciente en el mundo entero en el que participan no solo los sectores más desfavorecidos sino también las clases medias y altas. Como destacan Miguel Darcy de Oliveira y Rajesh Tandon (1994), en las últimas décadas, gente de todas las clases, credos y orígenes étnicos, se han organizado para defender la democracia, los derechos humanos, un desarrollo económico más equitativo, un

medio ambiente más seguro. Frente a los problemas sociales, consideran, la acción ciudadana se ha vuelto multidimensional como la diversidad de las actividades y problemas sociales; sus niveles de acción pueden ser locales o globales, sus acciones dramáticas o invisibles, sus alcances pequeños o masivos, sus acciones confrontadoras o cooperativas, sus organizaciones permanentes o efímeras, espontáneas u organizadas. Algunos de estos grupos ponen en entredicho la legitimidad de los gobiernos por la corrupción pero también por la falta de procesos democráticos de representación y gestión. Frente a los múltiples problemas, la sociedad civil se organiza para defender y demandar, pero sobre todo para intervenir en su solución. Cada día se reconoce más la legitimidad de sus demandas y la importancia de su presencia porque estos grupos han servido de catalizadores entre el gobierno y las empresas, entre los derechos de una vida de calidad y la lógica del mercado. Los derechos culturales se construyen, como afirma Triadafilopoulos (1997), a partir del auto-respeto, que se logra gracias a ciertas condiciones sociales y formales que permiten defender la propia identidad (pág. 270). Por lo mismo, la democracia participativa se debe construir sobre estas bases para no convertirse en un concepto abstracto carente de carne y hueso.

Uno de los problemas teóricos y prácticos de la democracia, como señalan Cohen y Rogers (1995), es la proliferación de organizaciones de la sociedad civil que produce la democracia de masas como asociaciones secundarias: "toda esa amplia variedad de organizaciones intermedias, no familiares, entre los individuos, las corporaciones y las instituciones del Estado y los sistemas políticos electorales" (pág. 7). Las organizaciones sociales —como asociaciones secundarias— se han caracterizado por su potencial transformador no tanto en el terreno político sino de la vida cotidiana; es decir, son grupos que buscan caminos alternativos de vida, "de formas de construir comunidades —identidades— y de incidir en aquellas decisiones que tienen que ver con los espacios de la cotidianidad" (Cohen y Arato 1994: 494). Las organizaciones vecinales forman parte de estas *asociaciones secundarias* que se organizan para defender su entorno residencial. Se han caracterizado por el número relativamente pequeño de personas que participan, porque se orientan con modelos poco elaborados, con organizaciones

carentes de estructuras burocráticas y donde el liderazgo juega un papel poco importante ya que las decisiones se toman de manera colectiva. Este tipo de grupos tienden a ser plurales porque se generan por conflictos muy específicos y es en el mismo proceso como logran construir una identidad grupal. Otra de sus características es que estos grupos no buscan la transformación de la sociedad sino incidir en aquellas decisiones que les afectan. Son actores sociales que no se pueden definir en términos económicos –trabajadores, clase dominante, media o popular– sino por el lugar de residencia. Lo anterior ha llevado a algunos autores a caracterizar a estos grupos como portadores de “una contra cultura micrológica” (Evers 1985:34) cuyos resultados aparecerán a largo plazo, que echan raíces en la vida diaria y en las orientaciones culturales de una sociedad, por lo mismo, importantes por su capacidad *innovadora* y no por su potencial político.

Las demandas vecinales

Los sismos de 1985 evidenciaron la incompetencia de las autoridades de la ciudad para enfrentar una situación de emergencia y la presencia de una sociedad civil cada vez más afectada y preocupada por la magnitud de los problemas de la ciudad. Esta fecha fue un momento donde se evidenció su fragilidad y el desamparo de la población frente a los serios problemas de una megaciudad como la de México. Muchos de estos problemas afectan al conjunto de la población sin distinción de clase o espacio. En la actualidad, al conjunto de los habitantes de la ciudad de México les preocupa la distribución desigual de los servicios urbanos pero también el deterioro del entorno urbano, la falta de espacios verdes, el incremento de la inseguridad y los cambios en el uso del suelo de habitacional a comercial (ver Safa 1997). En las delegaciones centrales y las de mayor consolidación urbana, el principal problema que preocupa a los vecinos es la conservación del medio ambiente. Luchan por rescatar y preservar la imagen urbana y mejorar la calidad de vida. Se oponen a la proliferación de vendedores ambulantes o a la construcción de vialidades, la prostitución y la inseguridad pública; demandan la eficiencia de servicios públicos y, por supuesto, la protección y aumento de las zonas verdes, parques, centros deportivos y culturales.

El crecimiento acelerado de la ciudad de México y la expansión de la mancha urbana fue posible gracias a la incorporación de tierras rurales, pueblos, municipios cercanos. Muchas de las delegaciones políticas del Distrito Federal fueron hasta hace poco tiempo pueblos, rancherías y ejidos. Este es el caso de las delegaciones Xochimilco, Milpa Alta, Cuajimalpa, Magdalena Contreras y Tláhuac. En estas delegaciones se encuentran las principales zonas forestales y se combina el suelo urbano con sembradíos de diferentes productos. Son delegaciones que también se caracterizan por las carencias en servicios urbanos. En estas delegaciones, la gente cuida sus terrenos no solo porque les interesa proteger los ‘pulmones’ de la ciudad sino porque dependen de la tierra para su subsistencia.

Los problemas que han surgido por la desigual distribución de los bienes y servicios urbanos –vivienda, agua, drenaje, transporte– han motivado la organización de los sectores populares que habitan sobre todo en las delegaciones periféricas de la ciudad. La prensa diariamente relata las presiones que estos grupos ejercen a través de continuas marchas y plantones con las consabidas quejas de la población porque provocan caos vial y contaminación. En la actualidad, también les interesa gozar de parque, centros culturales y deportivos, vigilan para que no se utilicen los espacios verdes para otro tipo de construcciones o se organizan para barrer las calles, sembrar árboles o contra la inseguridad.

El deterioro de la calidad de vida es una constante para los habitantes de la ciudad de México. Lo anterior ha favorecido la presencia en el escenario público de actores sociales muy heterogéneos que demandan mayor eficiencia en los servicios urbanos, transparencia en el uso del presupuesto pero sobre todo, participación en la toma de decisiones. Por ejemplo, frente al cambio en el uso del suelo, los vecinos de algunos lugares como Coyoacán, San Angel o Polanco se amparan con la ZEDEC (Zonas Especiales de Desarrollo Controlado)⁴ para evi-

4 Las ZEDEC son un mecanismo que se instituyó para regular los cambios en el uso del suelo no contemplados en los Planes Parciales de Desarrollo de las delegaciones. La proliferación de firmas de convenios para el establecimiento de ZEDEC se debe a que los vecinos encontraron en ellas un recurso para detener la presión de las inmobiliarias, la congestión urbana y el deterioro de la calidad de vida (véase Sánchez Mejorada 1993: 49).

tar la apertura de nuevos comercios o escuelas porque alteran la imagen urbana y la *paz* en sus zonas residenciales. Las compañías inmobiliarias consideran que lo anterior es una manifestación de una *política hostil* a los proyectos de modernización y crecimiento de la ciudad, y una política errónea pues limitan el crecimiento de la plusvalía por el uso restringido del suelo (*Periódico Reforma*, 16 de junio de 1994: 7B). Los vecinos protestan porque se construye en las zonas de reserva ecológica, en las barrancas, en los lotes baldíos asignados para parques o lugares recreativos. Se firman convenios con las autoridades o se forman asociaciones para proteger estos espacios valorados por ellos. No quieren que en estos lugares se construyan condominios o centros comerciales. En algunos casos proponen la compra colectiva de espacios comunes para administrarlos y cuidarlos comunitariamente o elaboran proyectos para contribuir en la preservación del medio ambiente. Este es el caso de la colonia Huayamilpas, que se formó con el programa de reacomodo de los colonos de Santo Domingo de los Reyes, una colonia que se formó en 1971 con la invasión a los terrenos comunales de Los Reyes, Coyoacán. Los habitantes de la nueva colonia destinaron una parte del terreno para la construcción de un parque en lo que antes era un tiradero de basura. La gente se organizó para limpiar el terreno, sembrar árboles, construir andadores, canchas deportivas y un lago artificial. Este fue el primer parque en Los Pedregales de Coyoacán, una zona de barrancas que antiguamente los antiguos pueblos circundantes lo usaban para el pastoreo y la agricultura. Por la falta de recursos, los vecinos solicitaron apoyo de la delegación para llevar a cabo el proyecto. En la actualidad la población participa activamente en su mantenimiento y administración.

La comercialización de las zonas habitacionales es otro de los problemas que más preocupan a los vecinos. En San Angel, por ejemplo, dada su cercanía a la avenida Insurgentes, el cambio de uso del suelo se ha incrementado en los últimos años. Para frenar el proceso, los habitantes realizaron *cierres simbólicos* de los comercios, organizaron marchas y exigieron a las autoridades no conceder más permisos que alteraran el uso del suelo permitido (véase *Periódico Reforma*, 4 de mayo de 1994: 8B).

La inseguridad pública es otro de los problemas al que los vecinos son más sensibles, tanto de colonias residenciales como populares. En las colonias de clase media los vecinos contratan sistemas de vigilancia privadas y cierran las calles para controlar el acceso a sus colonias. En algunas colonias populares la población ha tomado medidas para resolver el problema de la criminalidad como tomar por rehenes a los asaltantes o quemar patrullas de la policía como protesta ante la impunidad⁵.

La búsqueda de una vida de calidad ha permitido la revalorización de lo local como un espacio de participación social y política. Desde el espacio residencial se demandan soluciones a los problemas o se imagina el futuro. Voy a presentar dos casos en la Delegación Coyoacán donde se usa la *identidad local* para enfrentar los problemas del presente y se imagina el futuro: La villa de Coyoacán y el antiguo pueblo de Los Reyes, dos lugares de origen prehispánico.

La preservación de las identidades territoriales: una estrategia para la democracia

La construcción y reconstrucción de las identidades locales en las grandes ciudades es una estrategia discursiva que adquiere sentido en el contexto de la complejidad urbana. En la villa de Coyoacán se defiende el *ambiente coyoacanense* como una representación imaginaria de cuando, a principios de siglo, la villa era un pueblo donde los habitantes de la ciudad de México construían sus casas de campo y recreo. En el pueblo de los Reyes se han revitalizado las tradiciones y la organización comunitaria como una estrategia para frenar la construcción de condominios horizontales para la clase media que busca vivir en lugares *tradicionales* como una alternativa para escapar de la vida acelerada y conflictiva de la metrópoli. La población que habita en estas zonas defiende la *preservación* de los entornos urbanos evocando el pa-

5 En 1994 se publicaron en la prensa cuatro casos donde la población actuó para detener a los delincuentes: el 27 de mayo los vecinos de una colonia popular intentaron linchar a un policía porque atropelló a una niña de 10 años; el 2 de junio, 300 jóvenes quemaron una patrulla y un camión de la Ruta 100 porque un policía atropelló a un menor; el 15 de junio los pasajeros de un microbús quisieron linchar a un asaltante; el 25 de septiembre los pasajeros impidieron el asalto a otro microbús.

sado para legitimar sus demandas. En ambos casos, la historia y la identidad del lugar son la base para la construcción de la identidad local.

La Delegación Coyoacán comenzó a ser parte de la mancha urbana de la ciudad de México a partir de 1950. En períodos anteriores había logrado mantener una relativa autonomía frente a la ciudad central. Esta diferenciación se basaba en el uso del suelo y ocupación de la población. Los establos, las huertas de árboles frutales, los sembradíos, los manantiales y arroyos eran parte del entorno de la región cuando los campos de cultivo la separaban de la ciudad de México, a pesar que desde 1928 se le designó como Delegación Política del Distrito Federal. En la actualidad, es una zona urbana densamente poblada.

La transformación de Coyoacán es el resultado de un proceso muy complejo y contradictorio en donde se embonaron tanto las necesidades de expansión territorial y de recursos de la ciudad de México con procesos internos que promovieron el cambio. La agricultura desapareció cuando los pozos y manantiales de agua se desviaron para satisfacer las necesidades de la ciudad central. Sin embargo, este momento fue el final de un largo proceso de incorporación. Desde el siglo XIX en Coyoacán, al igual que en San Ángel y Tlalpan, se construyeron algunas casas de campo que pertenecían a familias ricas de la ciudad de México que buscaban refugiarse del bullicio de la ciudad durante los fines de semana y las vacaciones de verano. Algunos propietarios de haciendas y ranchos cercanos a la Villa pensaron que 'lo agradable de su entorno provinciano y tranquilo' podía convertirse en un jugoso negocio al convertir los terrenos agrícolas en predios urbanos para atraer a nueva población que residiera en el lugar de manera permanente. La colonia del Carmen fue el primer proyecto que marcó su destino. La construcción del ferrocarril permitió la llegada paulatina pero constante de gente que trabajaba en la ciudad de México y que regresaba diariamente a su casa en Coyoacán. En este proceso también se transformó la fisonomía del lugar y la ocupación de la población. Los antiguos oficios de torneros, floristas y pequeños comerciantes fueron cediendo el paso a plomeros, albañiles y electricistas. Los antiguos jornaleros y campesinos se convirtieron en obreros y empleados.

A finales del siglo pasado los cronistas y viajeros todavía describen a la Villa de Coyoacán como "un lugar hermoso, tranquilo y de

hermosas huertas" (Madanie Calderón de la Barca 1977 [1897]: 385). También se habla del lugar como 'el corazón cultural de la ciudad de México' por haber sido morada de intelectuales y artistas como Frida Khalo y Diego Rivera o personajes históricos como León Trosky (de León 1988: 29). Cuando se describe el *ambiente coyoacanense* se hace referencia a este conjunto de características que se recuerdan y recrean hasta el presente. Es un origen, una forma de ser, que forma parte de un imaginario colectivo que sirve para incluir y excluir, permitir o no la transformación del entorno urbano. En este discurso se presenta una imagen idealizado del pasado para frenar los cambios en el uso del suelo urbano. Este interés tiene que ver no solo con la nostalgia sino sobre todo con formas y calidad de vida que se considera que la *modernidad* ha destruido. En este caso, el imaginario urbano se alimenta de realidades que han dejado sus huellas en el entorno urbano pero que han desaparecido en su intención y contexto original.

La transformación de la Villa y sus barrios, al igual que otros centros históricos de la ciudad de México, ha sido el resultado de pérdidas y negociaciones por el proceso de incorporación obligada a la mancha urbana de la gran ciudad. La segunda transformación se dio cuando dejó de ser un espacio destinado a la habitación, a un lugar de cierto tipo de comercios que incrementan su valor histórico y lo convierten en un lugar turístico *de moda* para jóvenes e intelectuales que encuentran en el lugar una oferta recreativa y cultural importante. El desplazamiento de la población original por sectores de la clase media que decide vivir en lugares con *arraigo histórico* fue convirtiendo a Coyoacán en un lugar económico y simbólicamente valioso. En este proceso de transformación y cambio, la preservación de la identidad local es el eje que articula las demandas vecinales pues les permite conservar su patrimonio. Desde este contexto se construye y reconstruye la identidad a través de narraciones que la representan cuando se recrea ese Coyoacán provinciano y tranquilo, pero cultural y cosmopolita, anfitrión de artistas, políticos e intelectuales que como ellos aprecian vivir en una escenografía cargada de historia y de símbolos.

El pueblo de los Reyes es un pueblo que existía antes de la llegada de los españoles a Tenochtitlán. Durante la Colonia formó parte de la jurisdicción de Coyoacán que pertenecía al marquesado del Valle y fue uno de los muchos pueblos destinados para la vivienda de la pobla-

ción indígena de la región (véase García Martínez 1969). Hasta años muy recientes, era un pueblo de casas rodeadas de huertas y corrales, y de vecinos que se conocían de toda la vida. El medio ambiente rural, cuando Los Reyes era un pequeño pueblo alejado de la ciudad, es el elemento dominante de la narrativa de la identidad local que, de manera contradictoria, lo hace atractivo para el desarrollo de proyectos inmobiliarios sobre todo por su ubicación estratégica de cercanía al Centro Histórico. Con la llegada de los nuevos pobladores las grandes huertas están desapareciendo y los automóviles tienen serios problemas para circular. Es un pueblo de callejones y calles estrechas que se construyó para ser recorrido a pie o a caballo. Los nuevos vecinos tampoco aprueban algunas costumbres locales como las fiestas tradicionales porque ‘causan muchos ruidos con sus cohete’, ‘porque cierran las calles durante las celebraciones y no pueden sacar sus automóviles’, porque la población originaria ‘acostumbra a criar animales y causan malos olores...’ Tanto en el Centro Histórico como en el pueblo de Los Reyes, a los grupos les interesa participar en la Junta de Vecinos por ser la instancia formal de representación vecinal.

En el Centro Histórico existen diversos grupos que compiten por ganar las elecciones para representantes vecinales. Algunos se preocupan por *preservar el ambiente histórico* y a otros les interesa fomentar la tendencia a la *especialización* comercial. Para los primeros, Coyoacán es un lugar para la vivienda y se oponen a los intereses que buscan *explotar* el patrimonio histórico. Otros, en cambio, consideran que Coyoacán no es un lugar que debe conservarse como museo sino abierto al cambio e incrementar el valor simbólico y económico del suelo. En los dos casos, las decisiones sobre el uso del suelo generan confrontación aunque en el proceso, el derecho a decidir sobre el uso del suelo y la preservación de la imagen urbana se ha legitimado. Este es el caso de la oposición de algunos de los habitantes del barrio de La Conchita que se movilizaron para rechazar la apertura de un teatro: "nos dijeron que el destino de Coyoacán era ser un lugar abierto a la cultura... pero no enfrente de nuestras casas; no nos interesa la congestión vehicular, tampoco queremos la llegada de vendedores ambulantes a nuestro parque. Si quieren ver teatro, que vayan a Bellas Artes. Coyoacán es un lugar para vivir, con monumentos y casas históricas que debemos cuidar, no un mercado de cultura" (panfleto).

La pérdida de la tierra ha sido uno de los motivos de conflicto y tensiones al interior de la comunidad de Los Reyes. Las tradiciones prescriben que se deben tomar decisiones colectivas y un liderazgo que no busque el beneficio personal sino el interés de la comunidad en su conjunto; sin embargo, los grupos, las facciones, los intereses encontrados son hechos que forman parte de la vida de la comunidad. La identidad del grupo, y del lugar, es un discurso que se construye con los elementos comunes, es una representación de lo *propio*, aunque la vida diaria se entreteje de desencuentros, ambigüedades y tensiones que se resuelven en el cabildo, una institución no reconocida por las autoridades pero que es la instancia donde se plantean y resuelven los conflictos internos. En esta asamblea, se presenta el informe sobre el uso de los recursos que se recabaron para la celebración de la fiesta anual, para nombrar a la nueva comisión de las festividades o se discuten los problemas que enfrentan con las autoridades civiles y eclesiásticas.

En una de las asambleas de Cabildo del pueblo se discutió el destino de las *limosnas* que se recabaron en la misa de la celebración del Señor de las Misericordias. El párroco sostenía que le correspondían, sin embargo, la comunidad quería invertir el dinero para reparar una de las torres de la iglesia. Con altavoces invitaban al sacerdote a discutir el problema en la asamblea. En otra ocasión la comunidad se reunió para negociar con las autoridades de la delegación la normatividad sobre el uso del nuevo cementerio del pueblo. Según la tradición solo pueden ser enterrados los miembros de la comunidad, es decir, los descendientes de la población original. Los *avecina*dos (gente que no pertenece a la población original pero que viven en el pueblo, algunos desde hace más de veinte años) no se les reconoce ese derecho: "que los entierren en el cementerio civil... la tierra de aquí nos pertenece solo a nosotros". Ser miembro de la comunidad supone, además, participar en las fiestas, ser mayordomos y colaborar en su organización, realizar trabajo en beneficio de la comunidad como limpiar el terreno del cementerio, levantar la barda, cubrir las cuotas del predial y agua, etcétera. En el cabildo de Los Reyes se decide el perfil de los candidatos para ocupar el puesto. Les interesa que se nombre un *originario* y no un *avecina*do porque de esta manera pueden defender sus intere-

ses. Buscan nombrar a una persona *con estudios* pero que *respete las tradiciones* y que sea capaz de negociar con las autoridades a favor de la comunidad.

La paradoja de la identidad se engendra con la exclusión de los *otros* como condición que asegura el cuidado de lo *propio*; muchos de estos proyectos se contraponen a las necesidades de la ciudad en su conjunto. Esto sucede en ciudades como las de México cuando los planes de desarrollo y crecimiento urbano se orientan más por los intereses del capital que de sus habitantes. Por lo mismo, estas luchas locales, calificadas de preservacionistas o *conservadoras* lo que ponen en la mesa de discusión es el derecho a intervenir y decidir sobre la transformación en el uso del suelo y el entorno urbano, defender estilos de vida y tradiciones locales, e intervenir en las políticas urbanas que les compete.

Reflexiones finales

La organización y reorganización de la ciudad de México, su configuración actual, responde a intereses económicos y políticos que, en diferentes momentos históricos, han definido el uso y el valor del suelo. Las necesidades de la gran ciudad de territorio y recursos parece que no tiene límites. Sin embargo, el costo que actualmente pagamos por esta voracidad es muy alto. Los efectos sobre el medio ambiente son irreversibles, los problemas de escasez de agua, la contaminación del aire, la falta de espacios verdes, nos resultan tan familiares, tan cotidianos, que cuesta trabajo recordar que no hace muy poco tiempo el valle de México era diferente. A la mayoría de la población joven le resulta difícil imaginar que para llegar a Coyoacán, no hace más de cuarenta años, se tomaba un tren que durante una hora recorría grandes extensiones de terreno de cultivo. Las vacas o los caballos eran parte del paisaje del valle como también las antiguas poblaciones que si bien se relacionaban con la ciudad central, mantenían una forma de vida con ritmos y estilos de vida diferentes. Aunque los abuelos mueran, las plazas, las calles y las casas son testigos del pasado. Conservar y recordar, para muchos de los habitantes de Coyoacán, es una política cultural que busca no tanto añorar el pasado sino defender una manera de vivir en la ciudad. El pueblo de los Reyes también ha cambiado. Las

tierras se urbanizaron y en la comunidad ya no vive solo la población originaria; se convive con gente que no comparte las mismas tradiciones y que compite por el acceso a los recursos de la comunidad: tierra, servicios, permisos, uso de las calles, etcétera. Estos cambios son generadores de tensiones y conflictos que reactivan la reflexión sobre la identidad y la importancia de las tradiciones para resolver los problemas de este mundo. La identidad del lugar, en ese sentido, es un recurso útil en la lucha popular por mejorar las condiciones de existencia.

En el acto de recordar se muestra la selección interesada de lo que se define como digno de permanecer. En este sentido, la identidad que define el *ambiente coyoacanense* o la *defensa de las tradiciones de la comunidad* connota diferencias y jerarquías de personas y lugares. Los entornos urbanos son elementos visibles de la cultura. Las calles, los parques, el tipo de casas están cargadas de sentidos, de emociones y símbolos y no solo de razones prácticas. La gente recibe información del espacio para regular su conducta, pero además, lo usa y reconforma de manera activa. Por lo mismo, las características de los entornos urbanos incide en el tipo de vida posible en la ciudad. En todo caso, lo importante, el reto para la investigación en la actualidad, cuando predominan las hibridaciones y no las diferencias culturales (García Canclini 1989), se ubica precisamente en la comprensión de la manera como en un proceso complejo, contradictorio y muchas veces conflictivo, se definen los espacios que las personas, los grupos, las clases y las etnias consideran como mejores. Los problemas de diseño y de planificación, la organización de la ciudad, se convierten en un asunto político. En la democratización de los espacios se requiere de la búsqueda de alternativas económicas, la voz en la toma de decisiones pero también la presencia de todos en la construcción del sentido de esos bienes y de esas decisiones políticas.

Una de las preguntas que surgen cuando se analizan estas representaciones de identidades locales es su carácter restringido y excluyente, en la medida en que el *nosotros* lleva necesariamente a la exclusión de 'los otros'. La lucha por *preservar* puede ser entendida, bajo estos términos, como una lucha sin futuro pues el valor de la tierra la determina el mercado urbano, y las presiones sobre el territorio se explican por las necesidades de la gran ciudad. Sin embargo, como señala Renato Rosaldo (1994: 242), *la ciudadanía cultural*, entendida co-

mo 'el derecho a ser diferentes en términos de raza, etnicidad o lengua en relación con las normas de la comunidad nacional dominante', no se contraponen a los procesos democráticos más amplios. Los desencuentros entre necesidades locales y problemas metropolitanos se tensan porque a través de las representaciones de la identidad se ponen en juego intereses económicos y políticos, pero también, como diría Geertz (1987) confusiones y malos entendidos culturales. Esta paradoja de la identidad sucede en países como los nuestros en donde históricamente la diferencia se arraiga en las desigualdades sociales.

La importancia que han cobrado las organizaciones vecinales se explica por la revitalización de la sociedad civil que busca un espacio social de expresión al margen de la dinámica económica o de organización del Estado. Por lo mismo, se podría decir que son inciertos sus alcances políticos si tratamos de analizarlas como movimientos que buscan cambios, buscan mejorar la vida en sus localidades, se movilizan por demandas muy concretas y coyunturales, sus formas de organización son inestables como también lo son sus programas y formas de acción. Muchas veces no representan alternativas distintas de participación ciudadana cuando en su interior se reproducen antiguos vicios como son el clientelismo, el trabajo partidario y la reproducción de grupos de poder, entre otros. Sin embargo, también pueden convertirse en portavoces de demandas democráticas como es la descentralización y la lucha contra el autoritarismo, en la medida en que ganen espacios de participación en la administración, gestión y toma de decisiones locales. Es decir, pueden ser portadores de nuevas formas de actitud ciudadana si logran constituirse en grupos que establecen relaciones distintas con las autoridades locales para resolver asuntos de interés común que tienen que ver con el proyecto de ciudad y su funcionamiento. Estos grupos, además, pueden ser constructores de comunidades, promotores de nuevas formas de relaciones sociales y de proyectos distintos de ciudad y vida urbana.

Referencias Bibliográficas

- Altman, Irwin y Ervin Zube (eds.)
1989 *Public Places and Spaces. Human Behavior and Environment*, New York: Plenum Press.
- Anaya Lazurtegui, Elizabeth
1995 La ciudadización de los partidos políticos en el Distrito Federal. conferencia presentada en el *XX Congreso Latinoamericano de Sociología, América Latina y el Caribe: perspectivas de su reconstrucción*, realizado en la ciudad de México del 2 al 6 de octubre.
- Anderson, Nels
1975 *Sociología de las comunidades urbanas*, México: Fondo de Cultura Económica.
- Augé, Marc
1995 *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona: Gedisa Editorial.
- Calderón de la Barca, Madanie
1977 [1897] *La vida en México durante una residencia de dos años en el país*. II Tomo, México: Editorial Porrúa.
- Cohen, Jean y Andrew Arato
1994 *Civil Society and Political Theory*, Cambridge Massachusetts: The MIT Press.
- Cohen, Joshua and Joel Rogers
1995 Secondary Association and Democratic Governance, *Associations and Democracy. The Real Utopias Project*, Vol. 1. Verso, New York: 7-100.
- Darcy de Oliveira, Miguel y Rajesh Tandon
1994 Una sociedad mundial emergente en *Ciudadanos en construcción de la sociedad civil mundial*, Washington, D.C., USA, CIVICUS, pp. 21-49.
- De León, Judith
1988 Martes de carnaval en *Relatos de Coyoacán*. México: Museo Nacional de Culturas Populares, pp. 11-42.
- Evers, Tilman
1985 Identidad: la faz oculta de los NMS en *Revista Punto de Vista*, Año VII, No. 25, pp. 31-41.

García Canclini, Néstor

1989 *Culturas híbridas: estrategias para entrar y salir de la modernidad*, México: Grijalbo.

García Martínez, Bernardo

1969 *El Marquesado del Valle: tres siglos de régimen señorial en Nueva España*, México: El Colegio de México.

Geertz, Clifford

1987 *La interpretación de las culturas*, México: Gedisa.

Giménez, Gilberto

1996 *Territorio y cultura*, Colima: Universidad de Colima.

Giménez, Gilberto

s/f *Territorio, cultura e identidades: la región socio-cultural*.

Gravano, Ariel

1988 La identidad barrial como producción ideológica en *Folklore Americano* No. 46, julio-diciembre, México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, pp. 133-168.

Kelleb, Susan

1975 *El vecindario urbano. Una perspectiva sociológica*, Madrid: Siglo XXI.

López Moreno, Eduardo y Xóchifi Ibarra Ibarra

1996 Diferentes formas de habitar el espacio urbano en *Revista Ciudades*, Año 8, No. 31, julio-septiembre, México: Red Nacional de Investigación Urbana, pp. 29-35.

Pakulsi, Jan

1997 Cultural Citizenship en *Citizenship Studies*, Vol. 1, Number 1, February, USA, CARFAX, pp. 73-86.

Rosaldo, Renato

1994 Social Justice and the Crisis of National Communities en Francis Baker, et. al. (ed.), *Colonial Discourse Post Colonial Theory*, Manchester and New York: Manchester University Press, pp. 239-252.

Safa Barraza, Patricia

1997 Noticias locales, problemas metropolitanos: democracia y organizaciones vecinales en la ciudad de México en Jorge Alonso y Juan Manuel Ramírez Sáiz (coords.), *La democracia de los de abajo en México*, México: La Jornada Ediciones, pp. 239-264.

Sánchez Mejorada, Cristina

- 1993 Las ZEDEC y la participación de la sociedad civil en *Revista Ciudades*, No. 20, octubre-diciembre, México: RNIU, pp. 27-33.

Tridafilopoulos, Triadafilos

- 1997 Cultural vs Citizenship? A Review and Critique of Will Kymlick's Multicultural Citizenship, en *Citizenship Studies*, Vol. 1, Number 2, July, USA: CARFAX, pp. 267-277.

Ward, Peter

- 1976 *México: una megaciudad. Producción y reproducción de un medio ambiente urbano*, México: Los Noventa, CNCA/Alianza Editorial.

Ziccardi, Alicia

- 1994 Gobiernos locales entre la globalización y la ciudadanía, en Lucía Alvarez (coord), *Participación ciudadana y cambio institucional en el D.F.*, México: C1111-UNAM.